

La cruz, que parecia ser el signo de la derrota, ha venido á convertirse en estandarte de triunfo. En vano es que la muerte haya desplegado todos sus tormentos para aniquilar al Hijo del Hombre sobre ese lecho de dolor; la cruz se levanta delante de ella y le recuerda su impotencia con una ironía divina. Como un gigante infatigable va á marchar á la conquista del mundo, y cuando todas las naciones hayan aceptado su yugo, y una tras otra se hayan prosternado á su pié en una efusion de reconocimiento y de amor, ella aparecerá brillante de gloria mas allá de las nubes del cielo, llevada por el Hijo del Hombre, que en su majestad vendrá á juzgar la tierra y á abatir para siempre la muerte, despues de haberla hecho asistir á la ruina entera de su imperio: *In hoc signo vinces.*

Se puede ahora comprender el verdadero sentido de la resurreccion de Jesucristo, la razon divina que presidió á este gran milagro. Era una realizacion anticipada de las profecías, una certidumbre de su cumplimiento; y los primeros fieles, que no pudieron como nosotros presenciar todos los prodigios verificados despues por la cruz, empezaban á ser, viendo á ese Jesus muerto sobre ella y coronado de tanta gloria y de tanto honor, empezaban á ser, decimos, los testigos presentes de toda su grandeza futura; y nosotros mismos, que nos encontramos colocados en un punto mas distante del tiempo, sabemos de antemano é infaliblemente que la cruz no se detendrá en su carrera victoriosa; que sus enemigos, anunciando siempre y preparando en vano su ruina, sucumbirán sin poder acabar su obra impía, en tanto que ella, por el contrario, siempre triunfante y adorada, se elevará sobre ellos y gozará de un imperio perdurable.

Vamos ahora á estudiar en sí mismo el principio regenerador de la cruz; y hecho esto, la seguiremos despues en sus manifestaciones visibles, en las obras maravillosas que ha obrado, y en las luchas que ha sostenido y sostiene aún contra el principio del mal que ha venido á combatir.

CAPITULO IX.

Del misterio de la Cruz.

¿Qué viene á ser la cruz? ¿qué es lo que ha hecho por el bien de la humanidad?—Hemos visto ya que antes de su aparicion, el hombre habia no solamente trabajado sin fruto para levantarse de su caida, sino que por el contrario, se habia ido hundiendo mas y mas en el profundo abismo de la corrupcion. Sin embargo, desde el fondo de este abismo dirigia al cielo sus miradas, y esperaba siempre con una confianza perseverante el socorro prometido por los antiguos oráculos. Su esperanza no ha sido engañada, el socorro ha venido. El árbol regenerador ha sido plantado sobre la montaña de Sion.—Procuremos ahora explicar este gran misterio.

El hombre, como hemos establecido anteriormente, habia caido por su desobediencia al precepto de Dios y por su comercio con el espíritu impuro. Sobre él gravitaba el peso de una falta, y en él mismo habia una especie de germen diabólico, que debia ser el manantial de un inmenso desbordamiento de iniquidad. Así Dios, cuya pureza infinita no puede soportar ni la sombra del mal, habia entregado el hombre á merced de Satanás, que usurpó en la tierra todos los derechos de Dios, ejerciendo horribles estragos y fecundando á su placer la simiente funesta que en ella habia depositado. ¿Cómo salir de esta espantosa servidumbre? ¿cómo romper estas cadenas que el tiempo habia tan sólidamente remachado?—Para volver á colocar á la humanidad en su condicion nativa y verdadera, se comprende que tres cosas

eran necesarias absolutamente. Era necesario, primero, acercar el hombre á Dios; segundo, encontrar una expiacion suficiente para el primer pecado cometido y para todos los que lo han sido despues y lo serán en lo sucesivo; tercero, traer al mundo un principio de bien bastante eficaz para combatir victoriosamente contra el principio del mal. En efecto, en tanto que la criatura estuviese separada de su Criador, se hallaba fuera del centro de la felicidad y de la vida; en tanto que permaneciese envuelta en las manchas del pecado, no era sino un objeto repugnante y digno de castigo; en tanto, en fin, que estuviese entregada sin defensa al germen del mal, no podia evitar el ser presa de la corrupcion. Aun suponiendo que el hombre hubiese comprendido perfectamente estas verdades, que tuviese un conocimiento completo de lo que podia procurarle la salvacion, ¿estaba él en estado de realizarla? De ningun modo. ¿Por qué parte podia él, criminal y manchado, enlazarse á Dios? ¿Dónde encontrar en la naturaleza viciada y finita la expiacion suficiente de una ofensa que tenia por término la majestad pura é infinita? ¿Dónde encontrar en sí mismo un punto de apoyo sólido para resistir á tendencias perversas cuyo poder existia en su propio corazon?—Fuera de él solamente y en una naturaleza exenta del contagio original, podia esperar encontrar algun auxilio. Ya fuese revelacion instintiva, ó expresada, el hombre se penetró íntimamente de esta idea. Creyó que siendo criminal y corrompido, nada en él podia ser agradable á Dios, y que solo ofreciendo víctimas que no hubiesen sido culpables de sus faltas, podria, sin embargo, expiarlas con los sufrimientos de aquellas. De ahí nació la costumbre universal del sacrificio; costumbre estraña, tradicion materializada, que en su símbolo evidente resume todas las grandes tradiciones de la humanidad. Dios, la creacion, la primera culpa, el deseo de expiacion, la esperanza de la regeneracion, conservándolas donde quiera siempre vivas, visibles y conmovedoras para todos. “Es necesario confesar, dice

de Maistre, que el hombre como nos lo muestra la historia en todos los tiempos, se halla persuadido de una terrible verdad: que él existe bajo la mano de un poder irritado, y que este poder no puede calmarse sino por medio de sacrificios. El sacrificio, pues, consistia principalmente en la efusion de sangre; porque era tambien otra opinion que *en la sangre* residia el principio del mal, y que la remision del crimen no podia obtenerse sin la efusion de sangre. Discurriendo de este modo, el hombre, á fin de combatir sus malas inclinaciones y reconciliarse con Dios por medio de la expiacion, llevó al pié de los altares sus mas preciosos animales y derramó allí á torrentes su sangre. Andando los tiempos y habiéndose corrompido la idea del sacrificio, como todas las demas, él creyó agrandar á la Divinidad y hacerla propicia á sus votos inmoldando á otros hombres. Los enemigos hechos prisioneros en la guerra le sirvieron desde luego de víctimas; pero en seguida degolló á sus conciudadanos, á sus parientes, á sus propios hijos.¹ Esta práctica religiosa del sacrificio se encuentra en todos los pueblos. “Lejos de que la historia pueda hacernos retrogradar en nuestras investigaciones, leemos en Jennyngs, refiriéndose á tiempos mas remotos, que todas las naciones, tanto civilizadas como bárbaras, á pesar de las grandes diferencias que las separan en sus opiniones religiosas, vienen á reunirse en este punto, y creer todas que el medio de apaciguar la cólera de sus dioses ofendidos, era el de los sacrificios, es decir, la sustitucion de los sufrimientos de otros hombres y de otros animales. Nunca esta nocion universal ha podido derivarse de la razon, pues que ella la contradice; ni de la ignorancia, que no ha podido inventar jamas un recurso tan inexplicable, ni del artificio de los reyes y de los sacerdotes en sus miras de predominio sobre el pueblo: esta doctrina no conduce en ninguna manera á semejante fin. Nosotros la encontramos establecida en

1 Aclaraciones sobre los sacrificios.

el espíritu de los pueblos salvajes que se descubren mas distantes de nuestros tiempos y que no tenían ni reyes ni sacerdotes. Debe, pues, derivarse de un instinto natural, ó de una revelacion sobrenatural, y la una ó el otro son igualmente operaciones del poder divino.¹

Nada conduce mejor á nuestro propósito, que seguir al mismo conde de Maistre, cuyas profundas y sábias reflexiones son el mas claro comentario de las palabras que acabamos de copiar. "Tal fué la creencia antigua, escribia dicho autor, y tal es todavía bajo diferentes formas en todo el universo. Los hombres primitivos, de quienes el género humano recibiera las opiniones fundamentales, se creyeron culpables. Las instituciones generales se fundaron todas sobre este dogma; de manera que los hombres de todos los siglos no han cesado de confesar la degradacion primitiva y universal. La raiz de esta degradacion residia en el principio sensible, en la vida, en el alma en fin, que los antiguos distinguian tan sutilmente del espíritu ó de la inteligencia.

"Estas palabras del Apóstol: *la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu*" no deben entenderse, segun Orígenes, respecto de la carne propiamente dicha, sino de esa alma que es realmente el alma de la carne, y nosotros creemos que esta alma de la carne reside en la sangre. Se lee efectivamente en la Biblia: "La vida de la carne está en la sangre; por eso yo os la he dado á fin de que sea derramada sobre el altar para la expiacion de vuestros pecados; porque por la sangre es por la que el alma será purificada."²

"Nada es mas notable en toda la ley de Moisés, que la constante pretension de contradecir las ceremonias paganas, y de separar al pueblo hebreo de todos los demas por medio de ritos particulares; pero en lo que respecta al sacrificio, él abandona su sistema general; se conforma con el rito fundamental de las naciones; y no solamente se conforma, sino

¹ Evidencia de la Religión cristiana en sí misma.

² Levít., 13.

que lo refuerza aun á riesgo de dar al carácter nacional una dureza y energía de que no tenia ninguna necesidad. No hay una sola de las ceremonias prescritas por este famoso legislador, y sobre todo no hay una purificacion aun cuando sea fisica, que no exija el sacrificio cruento.

"Por todas partes la revelacion anatematiza la carne, la declara enemiga de la inteligencia, es decir, de Dios: ella nos dice espresamente que todos aquellos que han nacido de la sangre, ó del deseo de la carne, no llegarán á ser hijos de Dios.

"Siendo, pues, el hombre culpable por su principio sensible, por su carne, por su vida, el anatema debió caer sobre la sangre; porque la sangre era el principio de la vida, ó mas bien, la sangre era la vida, y ninguna nacion ha dudado de que no hubiese en la sangre una virtud expiatoria. Las ceremonias del *taurobolo* y de los *criobolos*, que formaban parte del culto oriental de Mithra, son la espresion mas viva de esta idea de purificacion innata de los pueblos. A estos sacrificios se atribuia la virtud de operar una purificacion perfecta, de borrar todos los crímenes y de procurar al hombre un verdadero renacimiento espiritual. Abríase una fosa en cuyo fondo se colocaba el iniciado; poníase luego encima una gran plancha llena de pequeños agujeros, sobre la cual se inmolaba la víctima. La sangre caía en forma de lluvia sobre *el penitente*, que la recibia en todo su cuerpo, creyendo que por medio de este extraño bautismo se obraria en él una completa regeneracion espiritual.

"A la costumbre de los sacrificios se enlaza el inesplicable uso de la circuncision, practicado entre muchas naciones de la antigüedad, que los descendientes de Isaac y de Ismael perpetúan á nuestra vista, con una constancia no menos inesplicable, y que los navegantes de estos últimos siglos en el Archipiélago del mar Pacífico han encontrado todavía en las islas de Taití, en Santo Domingo y en la América Septentrional hasta el trigésimo grado de latitud. Algunas nacio-